

lo cual ha obstaculizado su consolidación. Por último, califica a la CNDH como el caso menos exitoso de desempeño institucional, debido a la opacidad, la debilidad y la baja propensión al debate de su órgano de supervisión, así como al hecho de que los ciudadanos han sido excluidos de la operación de dicho organismo.

En mi opinión, el principal asunto metodológico que debilita la sustentación de la segunda hipótesis del libro es la relativa laxitud con la que el autor maneja el concepto de “desarrollo institucional”, sobre todo por la falta de criterios estables y suficientemente claros para evaluar el mandato, la legitimidad y la proactividad de cada uno de los organismos bajo estudio. Evidentemente, estos criterios no son fáciles de cuantificar, debido a la carga valorativa a la que siempre están sujetos. Sin embargo, hubiera sido deseable que el autor definiera anticipadamente los parámetros que justifican la valoración que se hace de cada uno de los componentes del desempeño de los organismos. Por otra parte, el tono de la exposición en ocasiones adquiere un estilo periodístico en el que prevalecen las opiniones personales del autor, sobre todo al hacer referencia a hechos políticos recientes (por ejemplo, en su crítica al papel del IFE durante el proceso electoral federal de 2006). Por último, habría que preguntarse si las conclusiones del autor pueden extrapolarse a otros organismos gubernamentales

cuya misión central no es el impulso de la rendición de cuentas, pero sí la provisión de bienes públicos que son igualmente importantes para atender otras demandas de la ciudadanía.

Con todo, considero que el libro de Ackerman hace una contribución importante al tema de la eficacia de las instituciones pro rendición de cuentas en México y apuesta por explicaciones que desafían al conocimiento convencional. El libro será una referencia obligada para los estudiosos del desempeño institucional de las nuevas democracias.

.....
Entre las bestias y los dioses: Del espíritu de las leyes y de los valores políticos, por Federico Reyes Heróles, México, Océano, 2004, 250 pp.

Francisco Sales Heredia, Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública, Cámara de Diputados

El texto que aquí se reseña es un libro de apuntes, entrelazados por una idea poderosa que proviene de los griegos: somos personas en tanto participamos en sociedad, fuera de ella somos bestias o dioses. La pregunta que se hace Federico Reyes Heróles es una vieja pregunta con pocas respuestas. Se trata de cómo lograr sociedades adecuadas para formar personas que ejerzan sus derechos en libertad. Reyes He-

roles parte de principios liberales perfeccionistas para destacar una serie de requerimientos para lograr sociedades de este tipo. Afirmando que sus postulados son perfeccionistas pues aspira a un tipo de sociedad en el futuro y no acepta la posibilidad, también liberal, de que los individuos elijan su propia ruina, como parece ser el caso de muchas sociedades en el pasado y en el presente.

El autor básicamente se refiere a los problemas generales que entraña la cooperación social para lograr espacios donde cada ciudadano pueda desarrollar su idea de vida y en particular los problemas que enfrenta México para lograr tales objetivos. Los problemas planteados son descritos con anteojos liberales, es decir, se trata de los problemas que desde la visión liberal perfeccionista aquejan a las sociedades que se alejan del ideal democrático con un equilibrio de poderes y con participación ciudadana en lo público.

El primer problema general planteado es el del gobierno. En sociedades plurales con múltiples grupos de poder real, ciudades enormes y tendencias a la diversificación, el gobernar se vuelve muy difícil. Una tendencia liberal pura no perfeccionista propondría que el ejercicio de las libertades implica la posibilidad de renunciar a las mismas libertades o a intercambiar el orden de prioridad de las libertades otorgadas por el acuerdo social, permitiendo, por ejemplo, desarrollos autori-

tarios que primen el desarrollo económico antes que el desarrollo político. Para Reyes Heróles, dentro de una vieja y saludable tradición, se trata de identificar los problemas que involucra el gobierno único de lo múltiple y proponer esbozos de cómo reencauzar el camino hacia la democracia participativa, negando desvíos en el camino.

Otro de los problemas generales relevantes de las sociedades contemporáneas identificados por el autor es la educación. El problema planteado es cómo lograr transmitir los valores que involucran a la civilización como espacio global que permite las acciones locales en su diversidad. Este autor afirma que la educación debe politizar a los ciudadanos, politizar en el sentido del actuar público y del educar laico para respetar las búsquedas individuales. Sin embargo, de un plumazo, elimina justamente uno de los logros más caros de las sociedades liberales, es decir, permitir que los diversos se agrupen y eduquen en la diversidad. La tensión es evidente, las sociedades liberales deben preguntarse si deben permitir la existencia de escuelas que eduquen en valores patriarcales, conservadores religiosos, o si sólo deben existir escuelas ciudadanas, plurales y laicas.

Para Reyes Heróles, uno de los problemas más graves de lo público es la corrupción. Se trata de un tema que para el autor mina los cimientos de la sociedad y que resulta paradójico,

pues sucede tanto en viejas democracias como en regímenes autoritarios. La corrupción parece ser el resultado de las trabas impuestas por la burocracia al libre comercio y al libre flujo de la información. El autor relaciona el tema con el capital social, parecería que ahí donde los ciudadanos se organizan para fomentar sus preferencias en grupo, la corrupción sucede menos que ahí donde los ciudadanos desconfían uno de otro. Resulta paradójico, sin embargo, que la individualidad, valor tanpreciado en los países de añejas democracias, sólo funciona si se desarrolla en un entorno de múltiples agrupaciones ciudadanas y donde existe como estandarte del salvarse a sí mismo, es una receta para el desastre.

El caso de la mayoría de los países latinoamericanos, incluyendo el mexicano, es motivo de una pregunta relevante que puede sonar antimoderna, se trata de si existe un punto en común que marque el origen del desastre en el que se encuentran estos países. Reyes Heróles esboza una respuesta liberal en torno a las corporaciones que han acompañado a estas sociedades en su historia y que han desdibujado a los individuos y han impedido su participación como ciudadanos iguales.

El caso de México es sintomático, parecía hace cincuenta años un lugar con potencialidades enormes y se encuentra al inicio del siglo XXI como un lugar sin rumbo y con problemas enor-

mes en muchos ámbitos. Reyes Heróles los describe desde una perspectiva previsor, mirando al pasado desde el futuro. Lo que ve, de seguir el país como sigue, es un desierto. Un país sin gobierno que enfrente los problemas, dividido en torno a las posturas políticas y religiosas, sin infraestructura, con más de la mitad de su población pobre y sin futuro, con una población vieja mirando al norte milagroso, un país sin bosques ni selvas, sin agua, sin recursos y lleno de basura.

Las soluciones que propone Reyes Heróles giran en torno a un esfuerzo del Estado para educar a los ciudadanos en sus derechos y obligaciones, y en cómo ejercerlos. Parecería que el autor deseara que los grandes cambios que ha enfrentado el país en los últimos años puedan modificar el rumbo y reconstruir el camino liberal iniciado en 1857. Lo cierto es que las formas de gobierno local pueden variar enormemente en México y las soluciones, como afirma este autor, lo más probable es que surjan de entornos locales, que por azar o por diseño logren entrar a círculos virtuosos de desarrollo.

Las expectativas no son nada alentadoras; sin embargo, al término del libro, un lector desencantado o realista puede concluir que los mexicanos hemos elegido libremente despenarnos. Un optimista puede encontrar algunas sugerencias para detener la caída y propiciar un mejor entorno.